

## Una metafísica original en Fernández Moreno\*

"Habitar 'poéticamente' significa estar en la presencia de los dioses y próximo a la esencia cercana de las cosas".  
Martin Heidegger. *Hölderlin y la esencia de la poesía*.

### Baldomero, metafísico

#### 1. Un ensayo de filosofía

En este ensayo de filosofía, escrito desde un punto de vista rioplatense, nos encontramos con la palabra poética de Baldomero Fernández Moreno para intentar el despeje de su esencialidad tan honda, que es también la nuestra.

Su palabra ha sido el eje de búsqueda, lo que nos permite prescindir de lo anecdótico y dar paso a lo personal según su transparencia.

En Fernández Moreno es posible superar la esfera emotiva para descubrir el elemento de la inteligencia fundamental. Esto no afecta en absoluto su valor estético, sino que lo potencia como fecundado virginalmente por la luz del ser. A través de sus expresiones más significativas desarrolla una percepción extraordinaria de lo que en nosotros es más original, esas raíces del existir sobre las que apoya nuestra vida. Su lectura en clave metafísica abre una dimensión excepcional por la que nos universalizamos desde lo mejor de nosotros mismos.

#### 2. Un problema de filosofía

La gravitación y el dominio que tienen sobre nuestra cultura nacional los conocimientos eruditos y las posiciones ideológicas oscurecen la dimensión necesaria del pensamiento creador, imprescindible para que se constituya una filosofía.

Sin ella, difícilmente un país podrá vertebrar su existencia con solidez presentando un rostro definido ante las demás naciones. Tanto la esfera pública como la privada se constituyen desde la palabra, y ésta ha de adquirir el peso necesario, superando la ocurrencia y poniéndose al servicio de su destinación histórica.

La necesidad del descubrimiento se plantea de manera especial entre nosotros, debido a que la mayor parte de nuestra producción filosófica está integrada por prolongaciones, adaptaciones o preferencias por doctrinas gestadas fuera del contexto en que vivimos. Esto no significa cerrar las puertas a la cultura universal, sino querer recibirla desde la apercepción de nuestro ser, que es la primera premisa para establecer un diálogo.

En todo pensamiento original late una intuición de base que guía su desarrollo futuro. El peligro reside en confundirla por esas preferencias secretas que desvían a la inteligencia de su objetivo, impidiendo ver lo que no se quiere. Es la situación de la ideología, entendida genéricamente como justificación lógica de algo previamente decidido, aceptado o creído. Los argentinos hemos de superar nuestra pretextualidad tradicional para ver con claridad la destinación histórica que nos corresponde.

La filosofía requiere, entre nosotros, de los nuevos argonautas que partan con disposición firme hacia el descubrimiento. El problema radica en la dificultad de ver lo que se tiene cerca. La ruta de estos argonautas está reconocida ya por muchos escritores sin pretensión filosófica, pero plenos de realidad compartida. Tienen la cualidad de transmutar en su lenguaje las entidades próximas y ponerlas en perspectiva para percibir las adecuadamente. Nos vuelven a la inmediatez por mediación de la palabra y así podemos ver lo que oculta el movimiento diario y los excesos de información. Para recorrer el camino real del descubrimiento han de superarse los obstáculos de la erudición y la ideología.

### 3. ¿Por qué Fernández Moreno?

Lecturas ocasionales y nada especulativas nos dieron el alerta sobre la gravitación metafísica de esta poeta cordial. Ellas corroboraron la presunción de existir *algo más grande*, que por eminente se oculta, como decía Heráclito del Principio en la época griega. De esta manera pudimos determinar algunas poesías de sentido ontológico indudable, pero esto se nos fue abriendo progresivamente como un registro paralelo a la totalidad de su obra, si bien más evidente en tal o cual etapa. Desde allí se hizo cada vez más aguda la necesidad de despejar esas hondas costumbres metafísicas que se libran a la búsqueda personal del lector.

Fernández Moreno se perfila a través de su palabra como una existencia testimonial. Probablemente estaría más a tono hablar de compromiso, pero este término encubre por hoy una carga considerable de ideología y toma de partido. A pesar de la moda es necesario reivindicar lo testimonial, porque se funda en un compromiso primario con la verdad contrapuesto a la fragmentación del mundo.

El testimonio es una prueba existencial de la verdad, es decir, el momento donde la verdad se pone a prueba en el testigo que, al serle fiel, la desoculta. Esto se complica esencialmente en el plano artístico, revelando la identificación profunda de Fernández Moreno con un nuevo sentido de la poesía y el arte en general.

Los griegos entendían al arte como *mímesis*, imitación de la idea, forma o apariencia de las cosas. En los tiempos modernos Kant formula brillantemente la subjetividad del arte entendido como la expresión del genio, pura proyección del hombre sobre un mundo que soporta su imperio.

Hoy la esencia del arte tiende a unificar las perspectivas descubiertas en Occidente. Así como la filosofía no concibe las cosas sin el hombre ni a éste sin aquéllas, la obra de arte se muestra como el epicentro que reúne la incitación del objeto y la respuesta del autor.

En términos reductivos y quizás exagerados, la invitación de la realidad, de la cosa y su mundo *sólo* tendrá sentido en función del sujeto motivado. Correlativamente, el sujeto estará *en la misma medida* al servicio de la expresión esencial.

En estos términos, el poeta-todo-creador es testigo de acontecimientos que ocurren en su interioridad. Como testigo ha de jugarse fielmente reproduciendo lo visto, imitándolo esencialmente. Por ocurrir en su interior, la expresión revestirá una totalidad subjetiva. La interioridad del testigo garantizará lo original de la obra y su fidelidad abrirá paso a lo esencial. Así, en esta dimensión que surge desde nuestra época, se recupera lo indispensable de la póiesis imitativa y el genio creador. El mismo Fernández Moreno se ubica en estas coordenadas: "...Reacción natural contra esta literatura de relumbrón nació en mí esta manera  *sintética y sencilla* de pintar la realidad exterior y *traducir* estados de ánimo. Eso es todo..."<sup>1</sup>.

Esta totalidad revela un *mester de juglaría* indispensable para nuestra inteligencia, que se realiza como ejercicio de unidad entre el decir, las entidades albergadas por la palabra y la visión que funda ambos términos. Nos corresponde, entonces, examinar cada uno de estos aspectos.

#### 4. El lenguaje fundamental

La obra de Fernández Moreno revela su decisión por la palabra significativa. El mundo de la palabra, como es sabido, puede asumir diversa intensidad entre la charla insulsa y la potencia del Verbo. Por eso las palabras admiten un uso doble.

En lo cotidiano solemos usarlas para economía del pensar, alusivamente, donde nos permiten abreviar la comunicación sintetizando en un vocablo objetos plurales. Es lo que Ortega llamaba la función económica del lenguaje<sup>2</sup>.

En circunstancias especiales, sin embargo, constituyen una invitación a pensar, a ponderar las cosas trayéndolas a nuestra presencia. En cuanto factores

de presencialidad nos remiten a otro lenguaje mudo, las cosas mismas, palabras del lenguaje del ser. Este se vuelve expreso en la medida que trasparenca adecuadamente por la palabra significativa.

Aquí se presenta un problema, que es el de la mediación por la palabra. En tanto ésta adquiera consistencia propia, y sabemos de la tendencia a cosificar todo, incluso los vocablos, la mediación será cuestionable porque el símbolo ocultará lo representado. La inmediatez de las entidades será velada por la de los términos.

En este caso se presentará un irresistible tender al silencio. Wittgenstein lo sabía muy bien. Sin embargo la cosa, de alguna manera, ha de radicar en la palabra. El silencio se muestra como un límite que rinde homenaje a la palabra superior del ser.

El poeta, al nombrar las cosas y los acontecimientos, tiende, como decíamos, al límite del silencio por eliminación de las expresiones innecesarias que estorban la designación esencial. Pero entre el verbalismo y el silencio se resuelve por una economía del decir que se muestra como *sencillismo*<sup>3</sup>. La aparente pobreza del sencillismo no consiste sino en dejar paso al lenguaje silencioso del ser, en dejar ser al mismo desde el modo de la expresión, que manifiesta así la pobreza del pensar. Observamos que algunas tendencias de la filosofía restringen cierto tipo de sentencias, por ejemplo las no verificables. En este caso la restricción se generaliza a toda sentencia posible, en la medida que sea inesencial.

El sencillismo plantea una "sintaxis vertical" entre la palabra que designa y la realidad nombrada. La llamada a las entidades las aproxima al decir, de tal forma que toman el carácter de símbolos objetivos, donde la palabra asume esa plenitud de significado en el servicio de la palabra superior de la realidad. En este caso *tiene que ver* máximamente con la cosa. Es la inversa justa de la situación donde el término se independiza de lo nombrado y se vuelve manejable, tomando consistencia de cosa. Imaginemos un monumento cercano a la

carretera y el letrero indicador correspondiente. Este último es pura referencia al asunto memorizado, un simple símbolo demostrativo.

Probablemente se arguya que el símbolo objetivo replantea una situación típica del pensamiento mágico. Aquí, sin embargo, estamos en un mundo lógico entendiendo por tal el logos primario del ser. No rige, a pesar de todo, el ensueño que disimula, sino que las entidades aparecen en el lenguaje del poeta como reposando en su ser. La distancia entre un símbolo demostrativo y la cosa disminuye fundamentalmente como se anula la transferibilidad del término. Al nombrar en poesía debe darse el nombre justo.

El sencillismo revierte sobre el lenguaje haciendo de él algo singular. Sabemos que el lenguaje es una práctica, es decir, una actividad que envuelve su objeto<sup>4</sup>.

Nos comunicamos con los demás y decimos cosas por medio del lenguaje, nos entendemos –o no– “por” y “en” el lenguaje. Al restringir la orgía verbal, el sencillismo se elige como forma presentificante del habla y del decir, a través de esa “sintaxis vertical” que antes decíamos. Mirar, hacer presente, se llamaba “teoría” en griego antiguo. El sencillismo configura un lenguaje teórico en tal sentido y acuerda en el plano de las palabras con lo que Aristóteles asignaba a la teoría, ser la forma suprema de la práctica. Es un ejercicio en la forma superior de la práctica lingüística.

## 5. Lo develado en la palabra

Si nos dejamos llevar sin prevenciones a través de su obra, vamos a experimentar algo más que el clima peculiar de un auténtico poeta.

Es difícil adoptar este punto de vista. Generalmente nos hacemos cargo de las cosas a través de esquemas. La voluntad de desnudez requiere cierto esfuerzo para llegar a resultados apreciables. Las entidades que se ofrecen a través del

verso son nítidamente perceptibles. Esto significa que una lectura atenta nos mostrará no tanto motivos disueltos en una atmósfera mágica como resueltos en perfiles definidos.

Es la perfilación. Esta poesía otorga su don como perfil. Lo afirmado no es producto de una vista superficial, por lo que se insiste en una entrega necesaria, sin prevenciones.

En tal perfilación parece que alcanzamos un dominio certero, una captación especial de situaciones objetivas donde lo peculiar habla desde su individualidad consagrada.

También significa un uso descubridor y no velante de la metáfora. Es, quién sabe, la piedra de toque de una poesía abierta al Ser.

A veces pareciera que la totalidad del poema se mantiene en la línea de un mero perfil, debiéndose buscar la ex-clamación como repartida en la totalidad. Una descripción exclamante. El origen de esos relámpagos significativos ha de llamarse sencillamente *luz*, que hace posible la perfilación y relumbra como corona de tanto en tanto.

Hay otra categoría interna del poetizar que se constituye cuando, de alguna manera, el canto vuelve sobre sí mismo y se hace cuestión formal de la poesía.

Esto ubica a nuestro poeta en la actitud por la cual Heidegger elige a Hölderlin como el mayor de ellos: porque poetiza sobre la poesía.

Nos encontramos paradójicamente con la grandeza postulada por el pensador germano a la vuelta de la esquina, en nuestro sencillo Fernández Moreno, que en su lenguaje testimonia también sobre el fundamento de las presencias.

Las entidades aparecen develadas en la poesía de Fernández Moreno no solamente por designación sino por contraposición. En esta diferencia se marca una singularidad. Es el caso de atender a esa lanzadera espiritual que fue la tensión hispanoargentina de su existencia. Sus palabras "...Un poco emboscado, por maravillosa fatalidad, en las lanzas de Mío Cid..."<sup>5</sup> revelan imposible decidir reductivamente sobre la prioridad española o argentina en su existencia poética. Son dos dimensiones que se complementan recíprocamente a manera de fondos imprescindibles. Nuestras entidades se muestran extrañas, con frecuencia, frente al término castizo que las designa. El declara que en España "... Yo me sabía una excepción. Yo era esa cosa clara y radiante que implica la palabra argentino en su dulce sonoridad..."<sup>6</sup>. El extrañamiento de las entidades albergadas dentro del mismo lenguaje es uno de los aspectos a tener más en cuenta para la inteligencia de su obra.

Las entidades articuladas en el nuevo mundo rioplatense y vistas por ojos penetrados de Europa exigen un testimonio fiel a través de la palabra del poeta y contra la opinión que las vela. Se ofrece la posibilidad de despejar una ontología *vivida* y en gran medida verdadera.

## 6. Poesía originaria

Se deja al lector la experiencia de esa prueba íntima que consiste en descubrir las categorías internas de la poesía de Fernández Moreno, las que surgen desde su lenguaje, sin añadido de interpretación. En este proceso advertimos que se avanza por un camino especial, que no trata de imponer un clima ni construir un mundo, ni de halagar oídos. Es poesía *descubridora*, que vislumbra claridades únicas.

En el cruce con la polémica clasificatoria, lo importante es tener cuidado con la etiqueta prematura.



El lenguaje que tratamos difiere radicalmente de la poesía centrada en la musicalidad que halaga con el despliegue de rima, ritmo y metáfora. Aquél hace surgir los elementos esenciales del mundo como descripción originaria.

Cuando poetas como Hölderlin traen a presencia lo fundamental, nos remiten a algo superior, pre-ocupados en la intimidad que Heidegger interpreta como "... lo que mantiene las cosas separadas en conflicto, pero que igualmente las reúne"<sup>7</sup>.

El estudio (*epistémé*) del ser de las cosas fue designado por Aristóteles con el nombre de Filosofía Primera (*proté filosofía*) porque es el cimiento de las demás disciplinas que se reparten la totalidad del mundo. La analogía se establece con los poetas que ordenan el poder de sugerencia de su palabra al servicio de lo esencial. Su obra puede llamarse Poesía Primera, por cuidar lo que en palabra de Escoto son las primalidades del ser. Es poesía primordial y originaria, porque surge desde el fundamento absoluto. Lo hace a su modo y según su verdad propia, convergiendo en el ápice con la especulación filosófica y la doctrina sagrada.

## 7. La raíz de la Poesía Primera

La puesta del lenguaje al servicio del ser y la riqueza entitativa que se muestra en su mediación exigen una fuente para esta poesía testimonial y primera.

Estamos lejos de la inspiración, entendida como vuelo íntimo y subjetivo que despliega el sujeto al evadirse del mundo, sobre el cual proyecta sus ensueños. No se trata tampoco de una crónica fría de los acontecimientos.

La poesía de Fernández Moreno se origina en una actividad primordial que se puede caracterizar como visión y ejercicio teórico.

Si hablamos de percibir, aprehender, acoger, sólo nombramos débilmente esta dimensión receptiva que, con estas prevenciones, puede designarse como un ver en y desde sí mismo.

“Ver” no significa necesariamente objetivar. Como polo subjetivo de la percepción en sentido amplio incluye la audición, especialmente en el soliloquio. Esta unidad receptiva, que metaforizamos por la vista en cuanto pone distancia, también admite proximidad, y no solamente percibe aspectos, sino “vive” presencias.

Entre el conocimiento como alteridad e identificación no hay abismo sino una línea que modula su intensidad desde lo objetual hasta lo íntimo.

En Fernández Moreno la voluntad de claridad se realiza en una *nueva fenomenología ejercida* en plenitud, un nuevo estilo fenomenológico.

No decimos que se encuentran en él elementos concordantes con algún fenomenólogo. Tampoco que adhiera a una posición teórica, ni que haya cultivado la filosofía en forma paralela o interferente al poetizar.

La obra de Fernández Moreno es fenomenológica en su porción más apreciable, a través de las entidades que relucen en su lenguaje. Éstas se incorporaron al mismo espontáneamente por una especie de “génesis pasiva” que reconoce el autor en el prólogo de su Antología. Esto explica, entre otras razones, las dificultades clasificatorias, las etiquetas inadecuadas, la tensión entre objetividad expresiva y subjetivismo total. Tal tensión sólo se supera en la correlatividad de los términos intencionales, como se da en fenomenología.

Y decimos que Fernández Moreno ejecuta una *nueva fenomenología* porque las presencias y sugerencias de su lenguaje revelan haber sido elaboradas a través de prismas extraídos de nuestra cantera. Estos elementos, gestos, actitudes, perspectivas, logros inconfundibles en su peculiaridad son el objeto y

la forma de lo que podemos llamar una *fenomenología radical*, no en el sentido de la profundidad propia de la metafísica, sino porque conciernen a nuestro existir concreto rioplatense.

También nueva por parte del ejecutor, su polo egológico o subjetivo. Es una filosofía concreta, en el sentido que le da Gabriel Marcel, en cuanto procede de la inmediatez intuitiva y elude los esquemas de la reflexión abstracta. Esta nueva fenomenología se caracteriza por su falta de solemnidad: una “Welt-theorie”, ejercicio de andar y ver, despejando la inmediatez luminosa.

Ubicada en lo cotidiano nos lo revierte por sus hallazgos transfigurados. Por eso Gerardo Diego pudo hablar de “realismo mágico”. Realismo por la fidelidad con que se ofrecen las entidades: mágico en cuanto las despoja de vulgaridad. En este sentido ni trasmuta los objetos hacia mundos extraños, ni los revierte como el *pop-art* a la obviedad de todos los días.

Parecerá contradictorio hablar de originalidad y, de inmediato, declarar una fenomenología, método importado.

Originalidad no significa novedad absoluta sino percepción de lo fundamental. En ella nos consagramos esencialmente distintos, a lo mejor repitiendo experiencias ya trabajadas por otros caminos. El intento de novedad exclusiva caerá en la imitación más burda y lo mismo sucederá cuando algo se quiera copiar exactamente, vedándose los elementos distintivos.

Los medievales asumían el pensamiento antiguo en forma coplanar, como si hubiesen sido contemporáneos de los griegos: hablaban de *translatio studii*. Nosotros actuamos, padecemos y somos la *translatio* colonizadora y migratoria, por lo que no ocultemos la novedad ni la exageremos hasta límites incontenibles.

En este sentido, importa esclarecer la nueva situación, interpretándola en unidad de perspectiva. Los testimonios de Fernández Moreno interpretan esta realidad en términos de Poesía Primera.

## 8. El camino fenomenológico en Baldomero

No podemos hablar de método porque los usos técnicos oscurecen su sentido original. La fenomenología, en trance de intuir esencias, se caracteriza por ser un camino de caza y encuentro, de pérdida y juntura sentidas. Consiste en el ensayo más pulcro orientado a despejar la mirada del hombre. Sus diversas direcciones históricas no solamente se realizaron como fenomenología de la conciencia en Husserl, sino en la ontología fenomenológica de Heidegger, la axiología de Scheler y otras concreciones, no menos importantes. Por retornar a los orígenes del pensamiento de Occidente, asumir la vida en su concreción y albergar la interioridad expresamente tematizada consiste en el mejor trampolín para definir nuestra *translatio*.

La fenomenología es lo suficientemente inteligente para poder criticar desde sí misma las trampas ideológicas que quieran someterla.

Por ser un arte develador, ha de prescindir de la escoria que oculta lo esencial. Tal meta se logra por la reducción, *epoje* o puesta entre paréntesis, que tradicionalmente emplea la fenomenología.

¿Qué reducciones emplea Fernández Moreno? La tipicidad del pensar implica también la del método.

Aquí, reducción es el sustrato de un gesto: puede consistir en “dar la espalda,” “olvidar,” “prescindir,” “restar importancia en absoluto.” El paso metódico se convierte en un giro del camino.

Para poder aproximarnos con libertad finjamos un esquema escolar ironizándolo simultáneamente. Diremos que los actos reductivos se distribuyen entre el sujeto y el objeto, el ego y el polo objetivo, la cosa o entidad.

La primera condición del pensamiento poético reside en la evasión del ruido, del tráfico. Es la *reducción del tumulto*. Cuando se produce, deja al pensador en soledad.

La segunda consiste en despojarnos de prevenciones y apartar, consiguientemente, los “prejuicios”. Queda entonces libre el camino al juicio presencial. Es la *reducción de la cautela*. Por ella nos abrimos a la integridad de la cosa.

Finalmente, el pensador ha de despojarse de la avidez, que puede interferir en su percepción. Tenemos aquí la *reducción del interés*.

También sobre la cosa u objeto presente habrá de recaer un triple acto reductivo.

En primer lugar, lo percibido *no* ha de desligarse del conjunto relacional que lo sitúa, en plena concreción. Se trata de *reducir la ubicuidad*, entregándonos las cosas aquí no más y ahora.

Seguidamente se *reducirá la vanidad* de la presencia. Esto significa captar las cosas según su *verdad manifiesta*, ajustándose al perfil de la realidad ofrecida.

El último paso determina, de alguna manera, el carácter singular de este pensar poético. Consiste en *reducir la vulgaridad*. Hay algo muy especial en Fernández Moreno. Entre nosotros, –el teatro es testigo elocuente– se manifiesta una tendencia al grotesco, característica de ciertas épocas de la vida argentina. Baldomero ejecuta frecuentemente la inversión de tal tendencia. Eleva las cosas sobre su aparente vulgaridad. Es un viaje de lo ridículo a lo sublime por medio de esta reducción interpósita, como se puede comprobar en “Versos a un montón de basuras”.

Todo esto contribuye a definir el nuevo estilo de su fenomenología, con su legitimidad a priori, un “a priori” viviente y concreto.

Decir las cosas así, por vía de estos testimonios del lenguaje, implica actuar con *sencillez*, rescatándose la verdad del epíteto: sencillismo. Quiere decir exhibir las cosas así-no-más.

El perfil de la luz determina la frontera del no-más. Cuando estalla su sentido en metáfora servicial pareciera que la luz revierte hacia su origen a través de la noche del no más. El “así” de las entidades es como una piel, su envés ofrecido casi táctilmente, limpio de exageraciones, del olvido y del ridículo, rescatado de su mezcla con lo in-significante.

Esto recibe el nombre de apriorismo empírico: la frase usada por Heidegger significa trasponer en términos modernos la vieja y misteriosa indicación de Aristóteles en los *Segundos Analíticos*: los primeros principios de las cosas se encuentran por *epagogé*, por inducción<sup>8</sup>.

## Existencia inauténtica

### 1. El ser nacional

Palabra que no puede ser pronunciada sin temblor. El ser nacional no puede someterse a interpretaciones burdas y menos a imágenes degradadas. Exige la percepción honda del destino temporal de una existencia solidaria, agonista en esa lucha de gigantes que es la verdadera co-creación ontológica, tan distante de la imagen pálida que son las abstracciones de cátedra.

Es enfrentamiento decisivo con el mundo, por el cual el hombre situado toma un relieve final del que se derivan consecuencias históricas. Si se ejecuta por el camino de la inteligencia, es auténtica filosofía o saber científico como lo demostraron Grecia y Alemania.

Puede ser percibido emotivamente tanto en la acción ceremonial como en la preocupación íntima, pero aunque tome forma de pasión personal exige desde sí una idea adecuada, expresión conceptual que retenga su esencia para impedir las desviaciones. Sin claridad sobre el mismo no hay proyección efectiva para un país. Su carencia nos lleva a confundirlo con los entes –la riqueza, el territorio, los grandes números–, cuando debemos pensar que el fundamento no se

identifica con sus atributos. Suele ser interpretado en forma reductiva asignando carácter originario a determinada herencia, cuando lo específicamente suyo es el coeficiente de novedad que adjunta a esas raíces injertadas en una tierra nueva.

Baldomero Fernández Moreno es un auténtico descubridor de nuestro ser. Sin mayores rodeos hay que decir que lo descubre en términos de *sencillez*. Tal vez desilusione a quienes exigen algo más tangible, pero volveremos a recordarles que concreción no se identifica con materialidad y que la piedra de toque de estas realidades es su posibilidad de ser pensadas.

Esto no equivale a considerar la sencillez como un atributo exclusivamente argentino o rioplatense, porque en cierto sentido no hay nada nuevo bajo el sol, aunque en otro, todo nacimiento es novedad. Significa, parafraseando a San Martín, que seremos sencillos o no seremos nada.

Esto se evidencia en la medida que la reacción de Baldomero frente a la literatura de relumbrón lo lleva a decir fielmente aquello que percibe, esas entidades que consideradas fenomenológicamente aparecen siendo así-no-más. Hay que destacar, entonces, que la sencillez es una dimensión efectiva de lo percibido y no una manera subjetiva de ver las cosas. Vimos que la sencillez tiene sus bemoles y no se confunde con la simplicidad. Es como un acorde nítido que puede analizarse en armónicos diversos.

En la medida que constituye nuestra destinación, el envío profundo de la argentinidad nos marca definitivamente de manera que es imposible escapar del mismo, sea realizándolo en su excelencia o desfigurando su perfil.

Aquello que nos constituye como el “pro” de las cosas se convierte en el paradigma de nuestros actos, por lo cual podemos encontrar en los males propios la imagen caída de lo mejor de nosotros mismos. En el trasfondo ardiente que luce en las desfiguraciones de nuestra existencia inauténtica.

El mundo esencial de la poesía primera fue descubierto, y así debemos recordarlo, gracias a las reducciones o puesta entre paréntesis de lo obvio,

inmediato y circunstancial que rodeaba al poeta. Es necesario volver a ese mundo para mirarlo tras la retícula de su esencialidad.

Las reducciones hacen posible el descubrimiento. Lo develado es una primalidad cotidiana, en el sentido de ser lo esencial ahí, un a priori empírico. El rechazo por Baldomero de las cosas “terribles y transcendentales” debe enmarcarse en la reducción de la vanidad, como defensa de lo auténtico y conjuro del peligro que una discriminación injusta somete a lo sencillo.

El hombre tiene el privilegio de ser el único ser de la creación que puede velar las cosas, echar un manto sobre loabierto, falsear, mentir, perfilarse en la necesidad.

Así como lo fundamental para el acceso a la verdad es la espera, entre nosotros el falseamiento tomará la forma de intemperancia, que niega la aparición para velar su posibilidad con un sustituto. Este advenedizo esencial se instala en la posición adoptada sin cumplir la experiencia exigida desde la hondura y vive su insolvencia con crédito a las calendas griegas.

## 2. Mundo espontáneo

Cada uno ha de forjar el rostro a través de su historia personal, y quien no lo haga no ha de sufrir la falta de cara sino la desgracia de la caricatura. Algo parecido sucede en el mundo cultural, donde, si hablamos de la destinación o ser nacionales, éste habrá de imponerse por las buenas o las malas, en su excelencia o a través de sus modos defectivos.

El mundo espontáneo es aquél manifiesto antes de las reducciones que muestran su esencialidad. Se advierte un paralelismo singular entre las etapas del proceso reductivo y los vicios característicos de nuestro ambiente.

Hemos visto que la primera reducción en esta fenomenología de Baldomero es la del tumulto, que nos deja en *soledad*, esa soledad que nos ha



referido hasta ahora sus presencias y acontecimientos. Exige la reducción de la *ubicuidad*: cuando nos quedamos auténticamente solos, en la buena soledad existencial, nos quedamos con nosotros y nuestro mundo, éste, el imprescindible que vivimos ahora con toda su carga y preñez de futuro. La soledad situada es direccional, porque en ella se diseñan los caminos hacia el mundo y hacia Dios, a quienes habrá que llegar perforando la concreción de nuestra situación.

La soledad vacía, en el modo de la inautenticidad propia del mundo espontáneo, no reducido, logrará su plenitud ficticia en la acumulación de bienes. Esto nos lleva insensiblemente a la etapa de la reducción del *interés*. Una soledad inauténtica, no esclarecida o pervertida espiritualmente, replica esa condición esencial del hombre por la cual ha de cumplirse y realizarse según el modo de la *acumulación*. El axioma de esa actitud, espontánea o reflexiva, es el *tengo, luego existo*, principio fundamental de un cartesianismo de la fortuna. El medio mercantilista y las expectativas del joven Baldomero no coinciden, decidiéndose por la riqueza interior.

Murmullos, cuchicheos,  
arrugas en las frentes.

.....

No valen los novillos,  
las lanas no se venden.

Los frutos del país  
bajan rápidamente.

Yo tomo mi sombrero  
y salgo indiferente.

¡Qué diablos! el ensueño  
no baja, sube siempre.

La soledad cuya angustia reproduce el ritmo de las alzas y bajas de la bolsa invierte la plenitud especulativa de una interioridad fértil en la estrechez del especulador, impedido por la riqueza. El interés no reducido empalma con la cautela, opuesta a la audacia que expande los caminos de la soledad tras el encuentro con las entidades. A tal interés, tanta cautela. No significa medida ni

prudencia, sino un signo de la estrechez parecido a la espera de la araña ante el insecto que va a caer indefectiblemente en su urdimbre.

Esto no sería lo más grave, sino que el temple de esta existencia cautelosa la inducirá a obrar en función de garantías. No sólo es paralítica, sino paralizante.

Pero como prima el movimiento aprehensivo, el tomar antes que dar, del *tengo, luego existo*, aquella *garantía* que reluce en las entidades retenidas y es el fundamento de su conquista esencial se transforma en su imagen degradada: la *solvencia*, garantía como solvencia.

La existencia así ejecutada y no meramente concebida se distiende en la falsa plenitud de la cantidad, en la anchura de la posesión, determinando en cero el valor de su ecuación con la Altura. Entre nosotros es muy difícil encontrar jerarquías, por lo que la imagen jerárquica se expresa poniendo distancias. Entre nosotros son índices de importancia la exclusividad del círculo o la capacidad de tener en antesala al interlocutor. De ahí surge la preeminencia de lo *vulgar*, considerable solo por acumulación, mejor cuanto más ostentosa.

La acumulación encuentra su rostro colectivo en la ciudad grande, cabeza de Goliat, cuya gloria tiende irresistiblemente a perpetuarse en el monumento que elude la gracia de la forma escultural reemplazándola por el volumen imponente:

¿Dónde está el país soñado?  
¿Dónde la ciudad encantada,  
silenciosa y perfumada  
de albérchigo y de manzana,  
de calles de porcelana,  
bien pulida y bien regada?

Este nuestro hombre acumulativo, espécimen rioplatense que Mallea describirá en la *Historia de una pasión argentina* no vive, actúa para fuera desde su vaciedad, escoria de una Argentina invisible constituida por los que cultivan la

“exaltación severa de la vida”, parejos a quienes llevan la “máscara de oro” según el descubrimiento de Baldomero.

En este hombre nuestro se produce un apresuramiento esencial, que controvierte lo de la *espera como raíz de la verdad*.

El apresuramiento esencial no es la premura cotidiana urgida por la necesidad, sino la sustitución de lo auténtico todavía no consolidado por la cobertura de una pretensión hueca. Tarea fundamental de falsedad. Se plantea, entonces, la cuestión de la verdad, que en la cosa ha de relucir retenida y aquí se la reemplaza por la *etiqueta*. La plenitud del rostro se desfigura en máscara vulgar. La cosa para valer ha de ser cotizable. El hombre no existirá como tal a menos de exhibir *títulos*. Ambas entidades, cosas y hombres, han de estar fundadas en la real o posible solvencia que evite su nulidad.

La fragilidad de estas presencias tiene su medida irónica en la autenticidad del teatro tal como se daba en Roberto Casaux. En ocasión de su muerte podemos ponderar el sentido hondo de la “máscara” para Baldomero:

Gime toda la ciudad  
al ver a su artista muerto.  
Tú la ganaste, Roberto,  
con talento y con bondad.  
Cantad todos o llorad.  
Luto a la lira fraterna.  
Sufra Talía moderna,  
pero pensemos, hermanos,  
no ya en sus disfraces vanos  
sino en su *máscara* eterna.

De nuevo el retorno al *prósopon arcaico*, la persona como fundación originaria.

El hombre sumergido en la falsedad invierte la tendencia a revelar lo fundamental en las cosas, las aligera y hace livianas, en una nueva sofística

ejercida cautelosamente. Viene a propósito el recuerdo de nuestro viejo maestro César Pico, que solía en su momento estimular a la acción “a título de ciudadanos y con las garantías de la doctrina”. Pico había calado hondo en el medio, según su costumbre. *Título y garantía* (léase solvencia) son para nosotros la presencia y fundamentalidad de las cosas aligeradas por la despreocupación y apresuradamente consolidadas por una etiqueta.

Nuestro hombre, alterado por la posesión de cosas en lugar de la retención de sí mismo movido por la pasión de la riqueza, según el *tengo, luego existo*, se corona por la plenitud vacía de la cantidad monumentalista. Busca la reverberación falsa del perfil en el aspecto exterior de su persona y la pro-longación del tiempo público en el monumento, que simboliza el rescate de la solvencia final.

La cara se vuelve anti-faz y la vida mirada a distancia produce, por su acartonamiento el efecto de una cinta antigua, llena de aspavientos. Es la caricatura de lo que debió ser. La acumulación de caretas y caricaturas produce el efecto de un carnaval triste. Quién sabe si por eso perdió el carnaval su vigencia como diversión porteña.

Nuestras necrologías corroboran lo expresado. No pervive entre nosotros solamente el culto etrusco por los muertos. El que adquiere derecho de sepultura en La Recoleta compra su inmortalidad social, la cobertura que le permite codearse con la gloria de los héroes.

En el núcleo, sigue latiendo insistentemente la voz que dice que la espera es la raíz de la verdad. En el apresuramiento intelectual atento al interés propio, ajeno a la cosa misma, se gesta la viveza criolla. Habíamos dicho que Baldomero descubrió la sencillez como el ser nacional. Corresponde decir cuál es su modo defectivo. La sencillez se contrapone al relumbrón y tiene por degeneración a la vulgaridad. Históricamente ambos caracteres pueden coincidir y de hecho lo hacen en el peor vicio de los nuestros, según Ortega: el guarango. Éste, ostentoso y vulgar, asume apresuradamente una potencia que no le pertenece. Es un pre-

potente. Desde un punto de vista histórico, no cuesta mucho ver lo que nos ha llevado colectivamente a la impotencia.

### 3. La recapitulación esencial

La esencialidad que pone de relieve esta Poesía Primera y su confrontación con los modos inauténticos de la realidad nos remite un carácter sumamente sugestivo de esta poética originaria. Consiste en que, de alguna manera, las épocas relevantes de nuestra historia están unidas por una síntesis profunda en la visión metafísica de Fernández Moreno.

La entidad es presencia; su núcleo promesa. El entusiasmo es el temple fundamental de su acometida y engendra la leyenda, que en su ontogenia poética es el país soñado y en la filogenia histórica la leyenda de América.

Ésta tiene un tiempo cero, tal vez coincidiendo aquí con Hegel que la pensaba como pre-historia. La noche alberga

todo lo que está lleno de presente y futuro.

Del pasado nada. La nada en su noche de promesa, materia prima del porvenir, y la nada de la noche concreta que

es el pedazo criollo de la tiniebla eterna.

Lo importante en este caso no es la comparación con Hegel, sino lo que supo ver Ortega como resorte enérgico de futuro, la historia a gestar en adelante.

A la promesa americana sigue la conquista. El sedimento hispánico de nuestro poeta le hace decir: "...un poco emboscado, por maravillosa fatalidad, entre las lanzas de Mío Cid..." En el desarrollo esencial, el "pro" nuclear de la

cosa ha de conquistar su ser. Cada cosa es una conquista de sí misma, porque peligra como elemento náufrago en un mar inmenso. La retención de las cosas en sí mismas equivale esencialmente a las fundaciones históricas que salpican el territorio.

La caricatura de la retención, máscara falsa originada en el cartesianismo de la fortuna, replica esa imagen de la América bifronte según Caturelli, donde los que empeñan su vida y bienes mueren pobres, enriqueciendo a los que siguen las columnas de la libertad con ánimo de lucro. Hasta ahí se gesta esa Argentina que tenía

la dejadez traviesa de la infancia.

No toda promesa se retiene. Tras algunos logros queda un tendal de decepciones que, sin embargo, alientan ese dolor que sí puede vestirse con la máscara de oro igualando a los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino. El vaivén final de una época trae la promesa de otra, la organización nacional. Frente a ésta, la anterior se niega históricamente por el grotesco, y, sin embargo, permanece la soledad, acuciante hacia nuevos horizontes.

El grotesco, como género teatral y como experiencia, surge de superponer la promesa en la misma consolidación menguada. Constituye una auténtica decepción fenomenológica desde la intencionalidad de la cosa, cuando su impleción como retenida rebaja la mención de la promesa.

La promesa y el futuro se ligan en la fertilidad, que expande su invitación a todos los hombres confundiendo sus soledades para superar la estrechez del aislamiento. En la poética de Baldomero hay una apelación constante a superar el relumbrón, que usa oscuramente de lo esencial, pero lo desconoce, falseándolo.

Serás lo que debes ser. Nos queda recorrer los tramos de la personalización para nuestro hombre, esperando se libere de las cosas para tenerse a sí mismo y abandone las especulaciones reducidas de su viveza para ampliar el mundo en la creación de una nueva inteligencia.

Con esto nos ubicamos en una nueva etapa, donde resuena el mensaje de Baldomero para nosotros y el futuro y, sin ningún particularismo, para todos los hombres del mundo. Es un planteo universal, como es universal el agua del río o del aljibe, si todo pasa como dice Borges:

(Afirman que es sagrada el agua del postrero,  
Pero como los mares urden oscuros canjes  
Y el planeta es poroso, también es verdadero  
Afirmar que todo hombre se ha bañado en el Ganges)

*Poema del cuarto elemento.*

Esperamos así una nueva experiencia americana de Dios, que también se revela por su creación continua. Nos encontramos con una ontología de futuro entre las manos, que nos proyecta hacia dimensiones cósmicas. Esperamos, por tanto, abrir esta herencia al universo.

## **Nosotros, herederos**

### **1. El sentido de la poesía primera**

No debemos olvidar que el sentido de esta ontología de la esperanza deviene concreto en la entidad retenida, a través del proceso esencial de la promesa, el repliegue y la consolidación. El tranco interior de esta aventura es el tiempo, articulado en la espera existencial que es raíz de la verdad, última decisión de un ser a la aventura.

El "pro" inherente a cada cosa invita a su conquista, y la retención ratifica la promesa. En este sentido ya sabemos a qué atenernos, por tener una idea de las cosas, respecto del imperativo orteguiano.

Si recordamos las páginas anteriores, probablemente retendremos un regusto estéril por la vanidad de la existencia inauténtica. Considerando que

la reducción de la vanidad nos entrega, en definitiva, la verdad y la estructura ontológica ya mencionada, no es difícil advertir que la obra de Fernández Moreno, tanto en sus fragmentos como en conjunto, nos formula una *invitación a la verdad*.

Esta invitación suena como en sordina, porque el creador en su palabra desaparece personalmente tras las presencias del lenguaje silencioso del ser, que en su finitud siempre permanece abierto a su fuente.

Por tanto, la invitación a la verdad ha de ser desarrollada de acuerdo a las directrices internas que yacen en esta poética. En primer lugar, es necesario reconocer las entidades retenidas, que en el panorama de nuestra historia y nuestro presente –términos no antagónicos– se revelan rescatables. Importa en este caso no deslizarnos sobre la novedad propia, pese al descrédito de su pobreza. Nuestro vivir se sustenta sobre ellas, a pesar del olvido y el brillo de la apariencia.

En segundo lugar, esta invitación apunta a verificar lo que sucede en el entresijo temporal distendido entre promesa y consolidación. Es la verificación activa de *lo que va siendo*, el ajuste de la realidad en trance de serlo.

Por fin, esta invitación se dirige a la creación de futuros posibles, alumbrados por la garantía suprema de la luz que destaque el matiz de un nuevo mundo. Es la tensión hacia la verdad que va a lucir y todavía no es.

## 2. Al rescate de las cosas

Esto significa ejercer, para los que aman las etiquetas, una especie de “sencilismo metafísico”.

El primer tramo de este apriorismo empírico que busca lo esencial ahí no más consiste en reconocer las entidades consolidadas. No es fácil, como no lo es



todo lo que porta un rango. Implica tomar el camino de las cosas sin dejarnos deslumbrar por las apariencias ni apartar con desdén lo aparentemente no válido. Toda una transformación –en la que no estamos solos–, pero que implica dar un peso nuevo a la vida, aguzando la mirada para lo cotidiano.

Podríamos exhibir ejemplos, que probablemente caerían bajo la confusión que suele producirse cuando el esnobismo circunda dignidades por sí abiertas y estables. Preferimos describirlas –sin pretender agotar la lista– a través de otro poeta:

Patria, yo te he sentido en los ruinosos  
Ocasos de los vastos arrabales  
Y en esa flor de cardo que el pampero  
Trae al zaguán y en la paciente lluvia  
Y en las lentas costumbres de los astros  
Y en la mano que templea una guitarra  
Y en la gravitación de la llanura  
Que desde lejos nuestra sangre siente  
Como el britano el mar y en los piadosos  
Símbolos y jarrones de una bóveda  
Y en el reñido amor de los jazmines  
Y en la plata de un marco y en el suave  
Roce de la caoba silenciosa  
Y en sabores de carnes y de frutas  
Y en la bandera casi azul y blanca  
De un cuartel y en historias desgranadas  
De cuchillo y de esquina y en las tardes  
Iguales que se apagan y nos dejan  
Y en la vaga memoria complacida  
De patios con esclavos que llevaban  
El nombre de sus amos y en las pobres  
Hojas de aquellos libros para ciegos  
Que el fuego dispersó y en la caída  
De las épicas lluvias de setiembre  
Que nadie olvidará...

(Borges. Oda compuesta en 1960)

Entonces, la invitación a la verdad recae en primer lugar en el reconocimiento de lo sencillo, de lo así-no-más, que forma la *textura fundamental de nuestra vida*. Esas entidades se retienen fundamentalmente más acá de los contextos accidentales y los pretextos de mala fe que integran gran parte de nuestra existencia colectiva.

El relieve de la sencillez no solamente pone en crisis a la vida como relumbrón sino, lo deshace por virtud de presencia. En la búsqueda del suelo de la vida rioplatense se perfila lo sencillo como decisivo: la sencillez de la palabra encuentra su razón en la del fundamento. El lenguaje silencioso de las cosas nos habla desde la sencillez. Lo otro es abismo, vía muerta donde nada podremos encontrar.

Entonces, la presencia de lo sencillo que se denomina así al cruzarnos en su camino se conceptúa fenomenológicamente como lo así-no-más y la teoría primera nos lo revela como retenido.

A través del vaivén nos encontramos, de esta manera, con los constitutivos del ser nacional.

Si ahondamos en nuestra literatura, en nuestra historia común, en la arquitectura devenida negada y retomada, encontramos que sus cumbres son sencillas como la lisura de los campos. En el disimulo supremo de lo importante, los actos decisivos de nuestros mejores gobiernos pasaron desapercibidos por falta de pompa. La sencillez está en nuestra mismidad para ser adoptada como principio de conocimiento y acción. Indica la necesidad de abandonar el vericuetto, signo inequívoco de decadencia para quienes no llegamos todavía al apogeo.

Adoptar la sencillez como principio nos facilitará la liberación de nuestros complejos. Significa apuntar contra el barroco intrínseco a nuestras vidas eliminando lo que no se manifieste tal como es en su peso adecuado. Al respecto,

es sugestivo observar las tallas indígenas ejecutadas bajo dirección de los jesuitas, donde se sobreimprime la candidez americana a la educación barroca.

Así como Aristóteles entendía que los primeros principios del ser se identifican con los del conocimiento, la sencillez ha de ser el *primum cognitum* para nosotros, el prisma que adopte nuestra mirada. Ha de determinar nuestro conocimiento como axioma general y constituir nuestra apercepción auténtica.

Baldomero resume así este ejercicio difícil:

Y en el umbral sentado de mi casa  
miro sencillamente el universo.

### 3. La medida

Las cosas rescatadas se nos ofrecen en un ámbito que puede ser, como hemos visto, grandioso. Aquí se plantea la cuestión de la experiencia original americana, esa inversión de fondo y forma, tal como se dan en la experiencia griega y por tanto, occidental. Las cosas mínimas, aún rescatadas del olvido, corren el peligro de perderse en la acumulación que resulta de llenar los espacios sin forma directriz.

El problema se puede formular en términos de medida, ya no del ámbito, sino como articulación de las entidades.

Las cosas, en el lenguaje de Baldomero, se muestran en situación:

Este es otro recuerdo punzante del Rosario:  
una plazuela llena de un rumor milenario.  
Un agua oscura que entre sí cuchichea  
y una luna de plata que el recuerdo platea.

Si bien la fuente del Rosario se encuentra situada, la plaza se diluye en un *sfumato* que nos evita la sensación de guía turística. El final subraya la indecisión espacial de la plaza que le suma el mínimo exigible de misterio:

Plazoleta sin nombre de un barrio del Rosario...  
Mi corazón velaba, dormía el vecindario.

La cosa se muestra emplazada y se nombra el ámbito, su aura espacial:

En un jardín que ignoro, en el barrio de Flores,  
intermitentemente pega su grito un tero.

Plazoleta sin nombre y jardín ignorado son los ámbitos donde se ofrece la fuente y el animalito. A veces, sin embargo, se hace tema el espacio abarcador del ámbito mismo: es el caso de la noche:

La noche entre nosotros es lo sombrío enorme,  
sin ruido de torrente ni canto en la taberna.

Que sucesivamente va a ser incluido en un continente mayor:

Es la negrura virgen en un bloque uniforme,  
es el *pedazo criollo* de la tiniebla eterna.

Imposible ir más allá. Pero hay una disposición gradual que se distiende desde la circunstancia al infinito. Este pensamiento mundano admite su dilaceración por el Absoluto en una apertura gradual y proporcionada:

Morir, acaso, es continuar un sueño  
*de luna en luna y de sol en sol.*

De la misma manera podemos articular al hombre en su medio familiar, la palabra en el poema, el ente en el Ser.

Esta estructura interna rescatable en conjunto nos indica sugestivamente la posibilidad de articular lo mínimo en lo grandioso, lo sencillamente inmenso

con lo aparentemente ínfimo. En algún lugar Julián Marías definía a la razón como la aprehensión de la realidad *en su conexión*. Balamero, como en sordina, apunta al marco y encuadre de las entidades descubiertas. Es el gozne de las cosas que se muestra como la incipiente Razón nacional.

#### 4. Hacia la plenitud

La invitación a la verdad toma un segundo matiz, donde la mirada advierte *lo que se hace* en el momento de hacerse, el tránsito interior de la promesa que *se va consolidando*. No es absolutamente fácil verlo, porque es un tránsito. La hazaña puede ser ocultada por mil prejuicios, y así nos parece más estimulante un alumno próximo a recibirse que un graduado novel, el programa de un novelista que su obra ya editada. En el fondo, late la amenaza de las cosas en serio, porque toda presencia es fundamentalmente inocente hasta que no se consolide, lo cual cambia cuando es puesta en obra y nos afecta, salvo que reduzcamos la cautela.

Si el primer estadio de la invitación a la verdad considera lo rescatable, el segundo se dirige a consolidar lo retenible.

La cosa no es tan sencilla, por muchos factores. A primera vista recordamos la sentencia fundamental: la espera es la raíz de la verdad. En tal sentido consolidar significa la vigilia que atiende al entresijo de realización de las entidades, su proceso íntimo de repliegue y vaivén hacia sí mismas.

Surge, entonces, un problema elemental. En estos términos, sólo quedaría dejar hacer, dejar pasar, como testigos calificados; pero ¿qué hacer? ¿Es posible que nos alegre la pasividad? ¿Qué sentido tiene esperar la desintegración del mundo? De paso, y sugerido por esta pregunta anotamos un nuevo sentido del nihilismo. Hoy es lugar común hablar del mismo unívocamente, cuando nos vemos sacudidos por el terror a escala universal. Pero hay que señalar que, pese a repercutir en nuestro medio, este nihilismo *explosivo* a la moda es importado y que, desde nuestra perspectiva, las entidades se ven amenazadas

por un desgaste silencioso al que se contrapone la consolidación, ésta tiende a la retención de las cosas contra el nihilismo *erosivo* que las amenaza nativamente, y cuyas expresiones concretas, entre otras, pueden designarse como descuido y resentimiento.

Prosiguiendo con la cuestión; ¿dónde podemos ubicar una enérgica voluntad constructora? Más aún, ¿no estamos repitiendo la dualidad inerme del *Santos Vega*, romántico fugitivo ante el progreso violador que fue mito para los años ochenta?

Así consideradas, las cosas no parecen moverse de su punto, y el dilema entre espiritualidad y progreso se dilacera entre pasado y futuro, prometiendo una nueva serie de desilusiones, acaso bien alimentadas materialmente.

La clave del dilema reside en una espera *que no tiene por qué ser pasiva*, si bien es absolutamente imposible que sea *invasora*. Admite diversas modalidades, que advertimos comparando las expresiones de Hernández y Baldomero, donde aquél denota mayor impaciencia: "...la tardanza de lo que está por venir".

Ambos comparten una certidumbre de futuro que se reparte entre fatalismo e impaciencia.

La espera activa implica moverse, y con gran energía, pero dejando el horizonte abierto para permitir la irrupción del acontecimiento decisivo, estableciendo lo construido a su servicio. Espera activa significa trabajar con empeño para recibir lo inminente, lo que está-por-venir aunque por su naturaleza no sea susceptible de medida y cálculo. Es la fundamentación de la construcción y la vida con sentido propio. Se dirige fundamentalmente a dos objetivos: los hombres, las cosas.

La dirección hacia los hombres se muestra concretamente y con precisión admirable en las palabras de Mallea, cuando dice del *ánimo de asistir y velar*<sup>9</sup> como lo mejor del alma argentina.

El que asiste y vela no interfiere, deja ser en libertad al asistido. A-sistir origina en griego la palabra *paráclito*, el que está ubicado junto a... y así se denomina al Espíritu Santo en la teología cristiana. La vela no es solamente soliloquio, sino atención, porque asistir y velar se complementan. Significan estar atentos para impedir el desvío de quienes están a nuestro cuidado, propiciando su crecimiento. Se asiste y vela a una familia, un niño, una ciudad, una obra. Han de repartirse en nuestro ámbito. Más allá del entusiasmo de la promesa implican madurez esencial, conocedora de lo endeble de las cosas y abierta a la esperanza. No son virtudes de la adolescencia, sino para la edad donde se impone la tenacidad de lo real, que se admite como condición ineludible para ser modificada. Elude la impaciencia y la premura –la espera es raíz de la verdad– y no quiere, una vez triunfante, apropiarse de lo asistido al que deja en libertad. Concuerdan, como se dice en la obra citada, con el ánimo de donación y de libertad.

En cuanto a las cosas, las hay que podemos esperar se consoliden por sí mismas. Es el mundo natural, visto en la comprensión cotidiana. Aun así solemos *intervenir*. La zootecnia mejora las razas, la propaganda atrae turistas y los meteorólogos, además de predecir, desean producir el clima adecuado para la agricultura. Otras cosas no llegan a ser por sí solas, sino exigen nuestra factura, la producción industrial.

La invitación a la verdad en su segundo grado, en lo que concierne a las cosas, nos remite al problema de la *técnica*. No es misterio para nadie que vivimos en la era técnica, cuya caracterización escapa a este ensayo. Lo importante y actual reside en la preocupación por un mundo contaminado progresivamente a través de la intervención invasora del hombre. Tal intervención no solamente contamina la naturaleza, sino las costumbres, es polución moral. El manipuleo llega hasta las personas y así se cotizan, degradándose al nivel de mercadería, deportistas y ejecutivos. Se abusa del sexo y, agotado por la publicidad, se echa mano de la inocencia o cualquier valor para vender más. La tortura se justifica en términos de eficacia.

El proyecto técnico revierte en amenaza lo que fue esperanza del Siglo de las Luces. Cada vez más eficientes pero menos felices. En Baldomero aparece un *nuevo sentido de la técnica*. Ésta fue caracterizada por Heidegger como provocación, *Herausforderung*. Esta provocación productiva implica la voluntad de poder que se impone sobre la naturaleza y se expresa en el juicio científico donde aquella ha de responder en la forma de experimento. A la ciencia positiva no le interesan las cosas en sí –nació de esa renuncia–, se mueve legalizando apariencias y su olvido de la esencia no es sólo pulcritud, sino también disposición imperial. Es claro que todo esto trajo beneficios, pero también amenaza al hombre por deshumanización de la existencia.

La alternativa se formuló como progreso tecnológico o retorno a las fuentes. Al respecto, la actitud de Lanza del Vasto es ilustrativa.

En Baldomero, repetimos, alumbra un nuevo sentido de la técnica. No se trata de retornar a un pasado imposible. En toda su obra las referencias técnicas –las de la medicina– aluden a una magia benigna, con metáforas de elixir y alquimia transformadora. *Una técnica depurada de violencia*.

En ese sentido augura una época que bien puede inducir nuestra América joven, donde la intervención del hombre sobre el mundo se atenga a las cosas mismas. Ni inmovilidad respetuosa o divinizadora de las fuerzas naturales, ni intervención violatoria. Tomar al contorno como tal para propiciar, introduciéndose en el mismo, el juego de sus potencias que haga crecer y mejorar el mundo. En lugar del programa abstracto, el proyecto comprehensivo. En vez de construir por un lado destruyendo del otro, asumir al mundo y prolongarlo más allá de su espontaneidad.

Esta técnica nueva, algunos de cuyos atisbos ya se han producido, quiere *pro*-longar, extender el *pro* que es la cosa ante el proyecto humano sin deshacer su riqueza natural. Ya es lugar común afirmar que la obra de arte exalta su materia, mientras el producto útil la destruye. Este nuevo sentido de la técnica aproxima ambos significados. En esta línea, el hollín es el fracaso de la madera o de la piedra.



Un mundo donde el reciclaje de los desechos lo reconstituya permanentemente será de una coherencia vital no imaginada y de real señorío del hombre.

Frente al proyecto técnico, la cosa se “deja hacer”. Sin embargo, aunque se desconozca su realidad, ésta se venga en el momento oportuno. Porque –y en este sentido podemos hablar de desconocimiento– la cosa está ante el hombre para ser promovida, para alcanzar su medida definitiva.

La piedra, madera o cemento se exaltan como tales en la casa dispuesta para albergar la vida humana. En este nivel podemos asegurar que tienden a la convergencia, en el futuro, los términos griegos *tekhné*, *poiesis* y tecnología moderna. Asimismo se puede considerar a la técnica como metáfora de la redención. A través de ella la cosa alcanza un estado que por sí no puede “pretender”. Es que el mundo está librado al hombre para que lo dote de un sentido que viene de arriba, y él tendrá que responder por el mismo.

La verdad es una hazaña y por eso toda hazaña la hace relucir. No es solamente lo que encontramos, sino también lo que hacemos y podemos descubrir, partiendo de la Poesía Primera como fundamento pretécnico. La posibilidad de rescatar las cosas en la más alta dimensión del proyecto humano comienza con su descubrimiento en la prefiguración, plenas de futuro comprimido.

El segundo grado de la invitación a la verdad apunta, entonces, a la consolidación de las entidades en su entresijo temporal, por la asistencia fundada en la vigilia.

## 5. La gesta de la promesa

Reconocer lo fundamental, ya consolidado, y trabajar por lo que va siendo preceden a la constitución del futuro. En este sentido se determina, a través de la Poesía Primera, una proyección que asegura una nueva forma de vida. Edificar sobre roca y estar despiertos en la asistencia y la vigilia nos va preparando para el

acontecimiento decisivo, que es una emergencia de personalización, tantas veces malbaratada por alusiones al hombre nuevo.

Significa una tarea de regeneración del hombre, fundamental para nuestro país y aun a escala planetaria. Se contrapone a la de-generación y exige la capacidad de inventarse a sí mismo y echar raíces en lo originario. La degeneración se expresa también como agotamiento de posibilidades y, en consecuencia, hay que volver a coronar de un halo de posibles la figura del hombre. Para esto no existen técnicas válidas –lo que hay que subrayar–, sino se exige una decisión adecuada. En la pasión por lo sencillo y la vela de armas cotidiana podemos esperar la “máscara de oro”. Es la destinación que corona la invitación a la verdad, establecida como promesa terminal de nuestra acción consolidante y nuestro saber bien orientado. Muy lejos de la apariencia, un rostro nos espera como verdad de nuestra vida individual y colectiva.

El ciclo de invitación a la verdad revierte y completa el proceso de consolidación de la promesa. De ésta partíamos, en la analítica de la cosa, para consolidarse luego en retención. Ahora establecimos la necesidad de reconocer las entidades retenidas para desembocar en la promesa, el acontecimiento histórico de personalización cuyo símbolo es la máscara de oro. Todo esto no es lírico, sino develación de posibilidades inéditas que pueden, al ser ejercidas, alumbrar un nuevo tiempo histórico. Así convergen una poética y una economía, lo sacro y lo técnico en una nueva tierra, nuestra Argentina, nuestra América.

Fernández Moreno no se evadió de la realidad para crear sueños ilusorios. Tampoco su palabra ejecuta una vuelta a lo cotidiano en lo que tiene de vulgar, como lo pudo intentar el *pop-art* en su momento. Descubre, en lo sencillo, nuestra perspectiva ontológica radical.

Estas líneas tienen el sentido de mantenernos en la vigilia que origina sus palabras, trazando entre él y nosotros la urdimbre luminosa del misterio cotidiano.

## Notas

\* Del libro del mismo título publicado por Ed. CASTAÑEDA, 1978, pp. 9-19 y 115-131.

<sup>1</sup> *Los nuevos. Fernández Moreno, poeta*, Crisálida, N°7, 1921, p. 9. Figura en: *Obra poética (antología)*, Huemul 1969, p. 12.

<sup>2</sup> ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Origen y epílogo de la filosofía*, Rev. de Occidente, 1967, p. 67.

<sup>3</sup> Por *sencillismo* se designa una característica radical que abarca toda la obra del poeta, y cuyas notas esenciales se describen en este ensayo. No significa negar la validez, en el plano puramente literario, de la clasificación efectuada por César Fernández Moreno que designa *sencillista* a la primera época o manera del autor.

<sup>4</sup> Aquí nos referimos a la *praxis* en el sentido de Aristóteles, o sea la actividad que se distingue del hacer técnico por tener su fin dentro de ella misma. La palabra ha tomado un sentido distinto en el contexto marxista, que universaliza la transformación propia de la técnica, entendiendo al hombre como trabajador absoluto.

<sup>5</sup> *Antología 1915-1947*, p. 19.

<sup>6</sup> Figura en *Las cien mejores poesías...* p. 9.

<sup>7</sup> *Arte y poesía*, p. 131.

<sup>8</sup> *Analíticos posteriores*, libro II, Cap. 19, p. 413.

<sup>9</sup> MALLEA, EDUARDO, *Historia de una pasión argentina*, p. 157.